

Caras y Caretas. 18 XII 1920

Buenos Aires (R. A.)

Hojas completas  
tomo VIII

Estábamos leyendo el tomo III de la excelentísima *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas, tomo dedicado a *los prospectos*, cuando llegamos a un pasaje del cap. VI, en la página 214, en que al tratarse de la obra cultural de Esteban Echeverría se dice allí esto: «Como al sembrador de la parábola, ocurrióle que muchas de las simientes por él sembradas cayeron en tierra estéril y que a otras se las llevaron las aves del cielo. Leído lo cual nos quedamos, sin reflexión previa, como buscando en el cielo a dónde se irían esas semillas que se llevaron las aves. La versión que Rojas en este pasaje da de la parábola evangélica, no siendo, como sin duda no lo es, intencionada en cuanto a su divergencia de la canónica del Evangelio, ha sido para nosotros como una luz que nos ha abierto nuevas perspectivas metafóricas. Y esto lo presentimos de pronto y a la primera lectura.

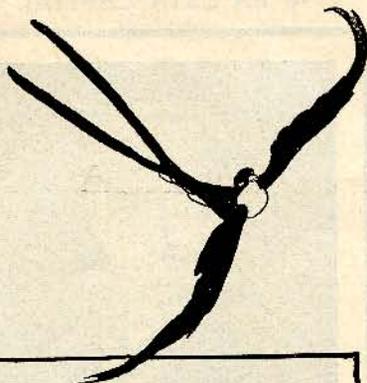
Veamos, en efecto, lo que nos dice el relato canónico evangélico. Es en el cap. VIII del Evangelio según Lucas, en cuyo versillo 5 se lee: «Saló el que sembraba a sembrar su semilla, y al sembrarla parte de ella cayó en el camino y fué pisoteada y las aves del cielo la comieron. Se la comieron después de pisoteada y se perdió para dar fruto. Aunque no se perdiera para alimentar a las aves, criaturas de Dios que tienen derecho a la vida.

Mas Ricardo Rojas al decirnos que las aves del cielo se llevaron esas simientes caídas en el camino, y que se supone generalmente perdidas, nos abre otras perspectivas parabólicas — o sea metafóricas — pues esas semillas así llevadas no se perderían ni para fructificar. Las aves pudieron llevarlas a alturas inaccesibles al hombre sembrador. Muchos escarpados picachos hay donde si florecen ciertas flores es porque llevaron allí las aves sus simientes. Y a las veces las llevan así en su buche, después de tragadas.

Sabido es, en efecto, que hay semillas de plantas que tragadas enteras por algún pájaro y expulsadas después por éste con sus deyecciones, prenden en terrenos a donde de otro modo no habrían llegado. Acaso el vientre de un ave peregrina o emigratoria ha sido el vehículo por donde alguna especie vegetal ha pasado a prender y vivir en una isla. Función ésta de esas aves que se parece a aquella otra de las abejas, abejorros, moscardones y otros insectos que al ir a libar el cáliz de ciertas flores sacuden sus estambres haciendo que fecunden a los pistilos y fructifique la planta, o llevan entre sus patitas el polen de unas flores a otras. Y cuando hay planta macho distinta y separada de la planta hembra parece ser uno de los principales medios de su fecundación.

Y a partir de estas reflexiones parabólicas o simbólicas que nos sugirió la versión que, en divergencia desintencionada,

Ricardo Rojas nos presenta de la parábola evangélica, vimos cuán conveniente es que una parte siquiera de las semillas que a



la tierra común, por donde cruzan los senderos, lanzamos los sembradores de ideas se las traguen las aves del cielo y sin digerirlas las lleven a lugares a donde no habríamos llegado nosotros.

¿Qué importa que repita otro lo que te oyó, y aun sin entenderlo y, por lo tanto, sin digerirlo, si, siendo él puro como las aves del cielo y como ellas volando, lo lleva a islotes o a cumbres o a barrancos a donde tú no habrías llegado?

En el caso mismo de Esteban Echeverría sin duda que no pocas de las semillas que echó en el campo argentino prendieron luego en remotos lugares porque a ellos las llevaron y allí las dejaron caer, sin haberlas antes digerido, o sea deshecho y alterado, aves del cielo, espíritus alados, ligeros, volátiles pero incomprendidos, entusiastas repetidores. «Todo eso se ha perdido», afirmaba Echeverría en el escepticismo de su destierro, y así podía creerlo en 1846, desde Montevideo sitiado por Oribe; pero, medio siglo después, pudo verse que aquello no se había perdido del todo. Así escribe Rojas poco antes del pasaje susodicho. Y si aquello no se perdió del todo, debíase, sin duda, en parte a esas aves del cielo que se tragan semillas enteras y sin digerirlas las sueitan luego. Lo malo es cuando las digieren y las convierten en propia carne.

El texto evangélico nos dice que la semilla perdida cayó en el camino, que fué pisoteada, y que después, preparada así por el pisoteo para la digestión, fué comida por las aves. Y así si que se pierde.

Echas una idea al público, en el campo del espíritu social, y la que cae en el camino, en la senda de sus afanes cotidianos, en el terreno apisonado y trillado de la vida del negocio, es pisoteada por el sentido común — por ese terrible sentido común, que mata el propio y que es una poderosa muela de moler ideas — y luego pueden ya digerirla las aves. Y se pide para flor y para fruto.

Está bien que se mueva el grano de trigo con el que se quiera hacer pan, pero aquel que ha de ser de sembradura, el destinado a perpetuar el trigo, ese no debe ser molido ni pisoteado. Y así con las ideas. Las hay de aplicación práctica inmediata y esas conviene molerlas — ¿y qué mejor muela que el sentido común? — pero las hay que deben ser reservadas para nuevas ideas y para flor. Que es a lo que se llama el pensamiento puro o especulativo. Y si este cae al alcance de las aves del cielo, de los espíritus volátiles y ligeros, es mejor que se lo traguen entero, sin molerla de sentido común, que lo repitan intacto con fervor místico, y que así lo transmitan.

¿Ideas indigestas? Gracias a ser indigestas para los que buscaban engordarse con ellas se nos han transmitido enteras y en disposición de dar fruto ciertas ideas. Ni conviene siempre que los transmisores y propagadores de ciertos ideales los digieran.

M I G U E L  
D E  
U N A M U N O

